CAPÍTULO XVIII.

Garibaldi emprende nuevas conquistas.—Se apodera de Bergamo y Brescia.—Batalla de Tre-Ponti.—Campaña de Valtellina.—El Emperador de Francia proclama la paz.—Garibaldi resigna el mando.—El rey le nombra gefe del ejército de la Italia central.—Oposicion de los diplomáticos franceses.—Garibaldi obtiene una licencia.—Su manifiesto de despedida á las tropas.

Durante la permanencia de Garibaldi en Como, el pueblo vistió y equipó á sus espensas 1400 hombres: el plan del célebre gefe, si le apoyaba debidamente Cavour, consistia en marchar contra Milan para atacar de improviso la retaguardia del ejército austriaco, derrotado en Magenta, é impedir por este medio que se retirase sobre el Mincio. El ministro habia prometido enviar cuatro regimientos de Cazadores de los Apeninos, pero estos no llegaron nunca, é imperfectamente organizados por el coronel Baldoni, andaban errantes de un punto á otro sin ser de utilidad para ninguno de los ejércitos que estaban en campaña. Garibaldi pensó entonces que los gefes militares de Turin no querian aumentar sus fuerzas, y que algunos de los hombres mas notables de Lombardia, relacionados con el Gobierno, temian la influencia de sus principios populares y el entusiasmo que escitaba en

las masas. En cuanto á los amigos y compañeros del general, acusaban de aquellos contratiempos á Cavour, pero la verdad es, que el conde tenia entonces mas trabajo para sí solo del que hubiese podido hacer otro hombre cualquiera en su lugar y en semejantes circunstancias. Garibaldi pensaba tambien, así como todos sus partidarios, que Napoleon III trataria de aprovecharse de la derrota de Austria en beneficio propio, y que Francia le apoyaria cuando reconociera que el aumento de territorio iba á contribuir á la mayor grandeza del imperio. El general desconfiaba de Napoleon y tenia una confianza limitada en Cavour, pero inspirábale una fé ciega Víctor Manuel, á quien admiraba sinceramente. De estos tres hombres dependia la suerte de Italia.

Despues de los últimos triunfos de Garibaldi, comenzaron á llegar á Como, procedentes de todos los puntos de la Lombardia Superior, numerosos voluntarios que deseaban servir solo á las órdenes del famoso general. Este destinó algunos oficiales para que los organizaran, y entretanto, embarcóse con sus mejores tropas para Leco, desde donde se dirigió rápidamente á Bergamo, apoderándose en el camino de un oficial austriaco encargado de recaudar impuestos de guerra.

Bergamo era una plaza bastante fuerte cuya guarnicion hubiera podido resistir á fuerzas muy superiores, y en su consecuencia, el comandante en gefe, Gyulai dió órden de hacer los preparativos de defensa, mas apenas circuló el rumor de que se acercaba Garibaldi, atemorizados los croatas, abandonaron la ciudad. Precisamente cuando los italianos iban á penetrar en ella, un oficial se apoderó de un telégrama en la estacion del ferro-carril, y habiendose sabido por él, que iban á llegar muy pronto 1500 hombres para reforzar á la guarnicion, pues se creia que la plaza estaba aun en poder de los austríacos, dispuso Garibaldi que se emboscaran algunas de sus tropas en el camino para dar otro golpe de mano. Efectivamente, al poco tiempo se vió llegar el tren, que fué detenido en el acto, pero como quiera que un fugitivo pronunciase en voz baja el nombre de Garibaldi, los 1500 soldados saltaron de los coches y huyeron en desórden, perseguidos de cerca por una escasa fuerza de cazadores, quienes mataron ó cogieron prisioneros á muchos de sus enemigos.

Hallandose en Bergamo, Garibaldi recibió órden de Víctor Manuel para presentarse en Milan, punto donde se hallaba el rey á consecuencia de la última victoria de los aliados. La entrevista fué larga, y no se sabe lo que pasó en ella, pero el hecho es que Garibaldi volvió á reunirse con sus tropas, llevando para ellas honores y condecoraciones, y luciendo en su pecho la medalla de oro con que se recompensaba el valor, es decir, la mayor distincion que podia conceder el monarca. A su regreso, marchó Garibaldi á Brescia, plaza muy bien fortificada y defendida por los crueles Tudescos, que en 1840 habian vertido la sangre de tantos mártires de la libertad, pero que esta vez huyeron como cobardes, abandonando la ciudad sin esperar á sus enemigos. Aunque las tropas austriacas habian seguido á los italianos durante su marcha, no se atrevieron á cerrarles el paso ni á prestar auxilio alguno á la guarnicion. Esta clavó sus cañones y huyó precipitadamente, mientras que una diputacion de ciudadanos se presentaba al general á ofrecerle sus servicios. Desde aquel momento, todo fué regocijo en la ciudad; dispensáronse al libertador obsequios á porfía, y los ciudadanos tuvieron entonces, casualmente, una oportunidad de dar una prueba mas de su patriotismo. Un destacamento de húsares austro-húngaros penetró de improviso en la plaza, ignorando que la guarnicion habia huido, y persuadido el pueblo de que era una avanzada del ejército enemigo, corrió presuroso á las armas, pero con tal entusiasmo, que hasta los ancianos, los niños y las mujeres, se prepararon á la defensa. Los húsares huyeron; la presencia de Garibaldi bastó para restabler la calma, y todo volvió á su estado normal.

Garibaldi se encontraba ya en el camino de Viena, y se asegura que entonces tenia grandes proyectos, pero recibió una comunicacion fechada el 12 de Junio, en la que Víctor Manuel solicitaba su cooperacion con el ejército aliado, honrandole con la órden de apoyar sus movimientos con una numerosa fuerza de tropas regulares.

Víctor Manuel estableció su cuartel general en la línea de Mela, cerca de Brescia; Napoleon salió de Milan el mismo dia en que Garibaldi recibia sus órdenes, y los aliados continuaron persiguiendo al enemigo por la parte de los rios Oglio y Chiese.

La mision de Garibaldi se reducia á cruzar este último rio á fin de ocupar á Lonato, movimiento estratégico muy conveniente, pero cuya ejecucion era peligrosa, aun cuando se pusieron á sus órdenes cuatro regimientos de lanceros de Cerdeña y dos baterias al mando del general Sambuy. Garibaldi acampó á media noche en Santa Euferina, á cuatro millas de Brescia.

Garibaldi debia recorrer un espacio de doce millas en una línea paralela á la que seguia el grueso de las fuerzas austriacas, y para hacer esto era precio atravesar un país cortado por pantanos y canales; tratábase de distraer la atencion del enemigo con este movimiento para que entretanto pudiese cruzar el rio el general que se esperaba de Cerdeña, y caer de improviso sobre la retaguardia de los austriacos.

Cuando á la mañana siguiente tomaba Garibaldi sus medidas, el tal jefe no habia llegado aun, y se hallaba á tres horas de distancia. Acaso no desearia presentarse á tiempo para verse obligado á cooperar con *un gefe de guerrilla*, pero de todos modos, ello es que no llegó.

Obligado á obrar por su propia cuenta, Garibaldi dividió sus fuerzas, y sabido esto por los austriacos, destacaron un cuerpo numeroso de sus tropas, que merced á lo escabroso del terreno, pudo aproximarse sin ser visto hasta que atacó al regimienio de Cosenz, apostado en Tre-Ponti. Apesar de la desigualdad numérica, despues de seis cargas á la bayoneta, los austriacos hubieron de retirarse; la presencia y la voz de Garibaldi, contribuyeron á que se alcanzase la victória, pero las pérdidas de los italianos fueron considerables, habiendo perecido en la refriega, algunos de los mas valerosos oficiales, tan nobles por su cuna como por su heroismo.

Al dia siguiente recibió Garibaldi órden de marchar por Vabarno hácia el lago de Garda, y poco despues, tomó posicion en Salo, á cuyo punto arribó á poco un vapor austriaco con el fin de practicar un reconocimiento, pues creíase que los italianos no tenian cañones. Afortunadamente, acababan de recibirse algunas piezas de montaña, y con ellas se hizo un fuego tan certero contra el vapor, que habiendose incendiado la santa Bárbara, perecieron todos cuantos estaban á bordo. La cubierta quedó sembrada de cadáveres.

Antes de salir el general de Vabarno, llegó un mensajero de Napoleon para decirle que S. M. acababa de saber con tanta sorpresa como disgusto que el Gobierno de Turin no habia tenido las debidas consideraciones con el héroe, facilitándole, como era su obligacion, las armas y tropas necesarias, pero que en cambio, y para compensar esta falta, el Emperador se apresuraba á ofrecerle cuanto necesitase, juntamente con la cinta de la Legion de Honor, pues le honraria mucho verla en el pecho de un militar tan distinguido. Garibaldi contestó con mucha frialdad, que no necesitaba nada para sí ni para sus soldados, y con la misma despidió al mensajero.

Dos dias despues llegó á Salo, donde recibió órden de trasladarse á la Valtellina, á fin de reunirse con una parte de la division Cialdini, pues tratábase de guardar los pasos de Stelvio y Tonale porque se temia que los ejércitos de la Confederacion Germánica, vinieran en auxilio de los austriacos.

Entonces fue cuando empezaron á confirmarse las sospechas de Garibaldi respecto á Napoleon: el general se proponia cruzar el lago de Garda á fin de internarse por las montañas de Veronese y promover con su presencia una insurreccion en el Adige, pero al ordenarsele que marchase á cooperar con el grueso de las fuerzas del ejército de Cerdeña, frustrábanse sus planes y se coartaban sus medios de accion. Si hubiera sido la intencion de los jefes militares hacer caer á Garibaldi en un lazo para que le aniquilara el enemigo, no podian haber hecho seguramente otra cosa mejor que comunicarle las órdenes que dieron por resultado la batalla de Tre-Ponti, y por esto y otras circunstancias, comprendió el general que no entraba en el ánimo de Bonaparte libertar á Italia desde los Alpes á los Apeninos, ni mucho menos, sino conquistar territorio al Austria para engrandecerse á su costa.

Pero cualesquiera que fuesen los planes de los jefes aliados, ello es que la presencia de un cuerpo de ejército austriaco en la Valtellina, justificaba el llamamiento hecho á Garibaldi, pues si el enemigo hubiese atravesado los pasos, quedaba muy espuesta la retaguardia de los aliados. Con Cialdini y nuestro héroe no era de temer ningun contratiempo.

El dia 20 de Junio salió el general de Salo con direccion á Leno, donde embarcó sus tropas para trasladarse á Colico, y continuando luego su marcha, acercóse á Bormio. En el límite del valle donde se eleva esta ciudad, Medici, que era el jefe de la vanguardia, hizo alto y averiguó que el enemigo se hallaba apostado á dos millas de distancia, en Bagni Vechi, en Bagni Nuovi y en el primer puente del camino de Stelvio, mas no le importaba esto; siguió avanzando, atacó á los austriacos y obligóles á retroceder hasta el Tirol. El Mayor Bixio solicitó continuar la persecucion, pero no se accedió porque el enemigo se habia refugiado en el territorio de la Confederacion Germánica.

La campaña de la Valtellina fué una série de escaramuzas en las que se distinguieron notablemente los *garibaldinos*; no hubo grandes batallas, pero sí grandes movimientos estratégicos y atrevidos golpes de mano.

Garibaldi estaba haciendo sus preparativos para marchar á Bormio, cuando recibió la noticia de haber convenido el Emperador de Francia en un armisticio, como preliminar de la paz de Villafranca y la Conferencia de Zurich. En su consecuencia, el general permaneció, por órden superior en su cuartel general de Lovere, pequeño pueblo situado á orillas del lago de Iseo, y allí fué á visitarle el conde de Arrivabene, quien al hablar de su entrevista se espresaba en estos términos:

«Cuando á la mañana siguiente me condujo mi hermano al cuartel general de Garibaldi, no ví al famoso jefe con el traje con que están acostumbrados á verle los ingleses, ni tenia puesto tampoco el gorro griego ni el sombrero redondo adornado de una pluma, con que nos le presenta la fantástica imaginacion de los pintores; llevaba el uniforme piamontés correspondiente á su grado, y solo se diferenciaba de los otros por ser algo mas oscuro. Los oficiales de su estado mayor, que mas bien parecen hermanos del jefe que subordinados, estaban desempeñando ya su respectivo servicio, apesar de ser muy temprano. Garibaldi se levanta en todo tiempo al amanecer, y á no impedirselo sus ocupaciones, se acuesta siempre poco despues de ponerse el sol; durante el verano, no deja nunca de dormir la siesta para cobrar fuerzas.

«Al entrar en su cuarto, ví que estaba sentado ante una pequeña mesa, examinando un mapa con la mayor atencion. Su fisonomía inteligente, y jóven aun, apesar de las fatigas de la guerra, revelaba entonces una profunda tristeza, y al hablar de Villafranca, notábase cierta irritacion en su voz, por lo general clara y penetrante. El valeroso jefe, sin embargo, no desesperaba, pues nunca ha dudado del porvenir de su pais, pero al saber la noticia de la paz, marchó al cuartel general de Víctor Manuel, y presentó su dimision, juntamente con la de todos los oficiales de su estado mayor. Su Magestad no se dignó aceptarla, y le dijo: «Italia necesita aun vuestras legiones; es preciso que os quedeis.»

El héroe no pudo menos de ceder á las reiteradas instancias del monarca, que le rogaba no le abandonase, tanto mas cuanto que le causaba un profundo sentimiento ver que Víctor Manuel no podia continuar la guerra sin hacerse enemigo de Francia, y estaba obligado á reconocer, contra su voluntad, una paz que dejaba á Italia desmembrada. En su consecuencia, Garibaldi dirigió á sus tropas la siguiente proclama en 19 de Julio:

«Soldados:

«Cualesquiera que sea el resultado de los acontecimientos políticos, en circunstancias como las presentes, no deben los italianos deponer las armas ni dejarse abatir, sino demostrar á Europa, que conducidos por el intrépido Víctor Manuel, están siempre dispuestos á luchar contra sus enemigos, sean quienes fueren.»

(Firmado.)

«General Garibaldi.»

El rey tenia empeño en que Garibaldi se encargase del mando del ejército de Toscana, pues su jefe, el general Ulloa, partidario de los Bonapartes, le iba desorganizando poco á poco, pero los franceses intrigaron para que no se adoptára esta medida, y entonces Garibaldi pidió una licencia ilimitada, que obtuvo fácilmente. Antes de marcharse, dirigió á sus cazadores la siguiente proclama:

«Compañeros de armas:

«Me veo en la precision de retirarme por ahora del servicio; el general Pomeretti se encargará, por órden de S. M., del mando de la division, y yo espero, que obedientes como siempre á la disciplina, y valerosos en la refriega, seguireis combatiendo como hasta aquí á los enemigos de nuestra patria.

(Firmado.)

«Garibaldi.»

«Bergamo, Agosto, 11 de 1859.»

Para que el lector pueda apreciar con exactitud las circunstancias que entibiaron las últimas relaciones de Garibaldi con el Gobierno, es preciso que sepa cual era la situacion general de los negocios, y aun cuando estos detalles corresponden mas bien á las memorias de Víctor Manuel, debemos decir aquí algunas palabras para esplicar la conducta del general.

En el mes de Setiembre, celebróse el tratado de Zurich, por el cual se cedió la Lombardía á Víctor Manuel: durante la guerra, los Estados menores de Italia, sacudieron el yugo de los tiranos, pero en virtud de dicho tratado, estos últimos debian volver á ocupar su trono si bien se estipuló por las partes contratantes, que el pueblo y los príncipes obrarian por su propia cuenta, sin que Austria, Francia, ni Cerdeña, interviniesen en lo mas mínimo.

Cavour habia dimitido su cargo de primer ministro de Víctor Manuel porque estaba disgustado de la política del Emperador de Francia, pero en su retiro ejercia tanta influencia como antes; puede decirse que gobernaba aun la nave del Estado, y con sus consejos, guiaba á los hombres á quienes habian confiado su administracion las diversas provincias insurreccionadas. Una de las primeras cosas que hizo Cavour, fué recomendar al rey que nombrase á Garibaldi Comandante en jefe de la Italia central, pues estaba seguro que este trabajaria en favor de la unidad italiana, y precisamente por entonces, es decir, durante el mes de Setiembre, llegaron diputaciones de las Asambleas de los Estados centrales para ofrecer su anexion á los del Piamonte. Víctor Manuel aceptó condicionalmente, y entonces se encargó Garibaldi del mando, procediendo desde luego á organizar numerosas fuerzas en Módena, Boloña, Parma y Florencia, de tal